



RIQUEZAS LUJO Y CRISTIANISMO

Alfredo Bastos, S. J.

LAMO lujo a todo empleo de una cierta abundancia de riquezas en despreocupación absoluta de los demás. Es el uso provocativo del dinero, el goce egoístico de la abundancia de bienes, toda ostentación de riqueza que despierta el odio de los que viven en la miseria.

El lujo por tanto, encierra en sí dos cosas: riquezas y escándalo. Riquezas, está claro. Escándalo porque en unas circunstancias históricas en las que están exacerbados los sentimientos sociales, el lujo es un verdadero latigazo a los que miran tanto despilfarro con ojos cargados de preocupaciones y angustias económicas.

Escándalo es lo mismo que tropiezo, es decir todo aquello que sirve para que los demás caigan. Estamos acostumbra-

dos a no llamar pecado de escándalo nada más que en el sexto mandamiento. Sin embargo, si cayéramos en la cuenta de las oleadas de indignación y de odio y de resentimientos que levantan todas esas manifestaciones de riqueza, veríamos que un gran pecado de escándalo de la sociedad moderna, al menos la nuestra es éste: el lujo. Es tropiezo donde tantos caen en el odio, la desesperación, el robo. Pero sobre todo, el gran escándalo del lujo en el que han tropezado miles y miles (digámoslo también, millones) es la pérdida de la fe. Cuando al lujo se une una apariencia, al menos, de vida cristiana, entonces la reacción que provoca en todos los que sufren dolorosamente porque no tienen, es ponerse enfrente, enfrente de la riqueza y enfrente de la fe del rico. Ellos no

saben distinguir, ellos no ven nada más que al “rico cristiano” que gasta en una noche lo que a él le hubiera servido para sacar de apuros a la familia en un año. Y en la persona del “rico cristiano” odian al rico y juntamente al cristiano; desconfían amargamente de una fe que no es capaz de poner un granito de inquietud por los demás al que vive en la paz de su vida asegurada. Y la fe cae de su alma como una fruta seca quemada por tantos “ricos cristianos” que son los primeros y casi únicos responsables de la pérdida de la fe de las masas.

Dios da su opinión

El lujo encierra en sí, por tanto, dos cosas: riqueza y escándalo.

Enfrentemos la riqueza y el escándalo a la palabra de Dios. Veamos el lugar que ocupan en la mente de Cristo, y por consiguiente, cómo han de ser vistas dentro del cristianismo.

El escándalo ha quedado eternamente estigmatizado por la palabra enérgica de Cristo: “*más le valiera que se atara al cuello una rueda de molino...*” (1). Y dejemos el escándalo porque está claro que Dios ha de dar de él un juicio rotundamente desfavorable. Veamos las riquezas.

A lo largo de toda la historia de la palabra de Dios a los hombres hay una constante clarísima de aversión hacia las riquezas. Son el gran peligro, el gran lazo, la gran cadena que sólo un milagro puede romper.

A los que viven instalados en su opulencia les advierte inquietante el profeta David: “*el hombre no permanecerá en su opulencia, es semejante a las bestias que perecen...*” (2). “*No temas si alguien se hace rico, si crecen las riquezas de su casa, pues cuando muera no llevará nada consigo, ni descenderán con él sus riquezas*” (3).

(1) Marcos, IX, 42.

(2) Salmo XLVIII, 13.

(3) Salmo XLVIII, 17-18.

Isaías inaugura el “*¡Ay de vosotros...!*”, que Cristo tanto repetirá, y cuyo eco llegará hasta el Apóstol Santiago, unos años antes de la clausura de la Revelación. Dice Isaías: “*¡Ay de aquellos que juntan casa con casa y agregan campo a campo hasta que ya na hay más sitio!*” (4).

Doscientos años antes de la venida de Cristo, en el libro del Eclesiástico: “*Quien persigue el oro no quedará inocente, y quien ama el lucro en él se perderá. Muchos han sido víctimas del oro*” (5). Según se va acercando la plenitud de la revelación en la venida del Hijo se van haciendo más enérgicas y claras las expresiones.

Cuando Cristo hablaba de las riquezas. Su lenguaje se hacía de amenaza (“*¡Ay de vosotros los ricos...!*”) (6) de exclamaciones cargadas de tristes presagios “*¡Qué difícil es que un rico entre en el Reino de los Cielos!*” (7), y de hipérboles con intención sin duda de impresionar (“*Más fácil es que un camello entre por el ojo de una aguja...*”) (8).

La imagen del rico epulón “*que vestía de púrpura y lino, y celebraba cada día espléndidos banquetes*” (9) con su fondo de tormentos, nos da sin metáfora el pensamiento de Jesucristo sobre las riquezas egoísticamente disfrutadas.

Las riquezas ahogan la palabra de Dios (10); la obsesión por el dinero es incompatible con el servicio de Dios (11).

Y ya, cuando está a punto de cerrarse el ciclo de la revelación pública y universal, resuena amenazadora la palabra del Apóstol Santiago: “*Y vosotros los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan...*” (12).

(4) Isaías, V, 8.

(5) Eclesiástico, XXXI, 5-6.

(6) Lucas, VI, 24.

(7) Mateo, XIX, 23.

(8) Mateo, XIX, 24.

(9) Lucas, XVI, 19.

(10) Mateo, XIII, 22.

(11) Mateo, VI, 24.

(12) Santiago, V, 1.

No eres un afortunado

Todo aquel que ha tomado en serio la fe y se ha adherido a Cristo y a su manera de ver las cosas, ha de mirar el dinero por lo menos con recelo.

El cristiano es un hombre sumergido en las semirealidades de un mundo material, pero cuya fe le abre la mirada y el corazón a otro mundo superior de realidades sobrenaturales. El materialista es un ciego deslumbrado por lo presente tangible, no es capaz de ver más allá. Para él, por tanto, la suprema ambición es poseer más y más para gozar más y más. Y así sacar el máximo rendimiento a esta vida que para él es la única.

El cristiano ve las cosas con unas categorías completamente diferentes. El se reserva para la vida eterna y mira con temor y recelo las muchas riquezas porque sabe que le pueden cegar y atar sin remedio. Para él la suprema ambición no es poseer más y más sino dar más y más. Y con esto hemos llegado al único camino libre que le queda al cristiano rico: DAR; dar trabajo arriesgando capital, dar misericordiosamente al que es incapaz de trabajar, contribuir a dar casas a los que viven prácticamente en la calle, dar, dar...

La concepción cristiana de las riquezas lleva consigo la idea de carga, nunca la de fortuna. En la mente de Cristo el rico no es un afortunado, los felices son los pobres. Es un hombre a quien le ha caído en suerte una abrumadora carga bajo la cual es tan difícil que no caiga como es difícil a un camello entrar por el ojo de una aguja. Y es una carga porque el cristiano que ha conseguido una cierta abundancia de bienes (aunque haya sido con su esfuerzo, con su talento, con su ingenio para los negocios, con su tenacidad; todo eso es también riqueza, todo son dones de Dios) de una manera o de otra, si no quiere quedar enredado, ha de emplear una parte de ellos en darlos. Y es tan difícil dar...

Tengo hambre y no me das de comer

La responsabilidad máxima del cristiano pudiente está relacionada directamente con la persona de Cristo. Es el mismo Cristo la víctima de su inercia irresponsable, o el agraciado con su interés por los demás. Dentro de muchos años un día se oirá solemne su voz: "*Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis...*" (13). Si entonces hablará en pasado: "*tuve... me disteis...*", un pasado escondido ya en el silencio de los siglos, es porque ahora está hablando en un presente acuciante y concreto: "*Tengo hambre... tengo sed... y no me dais de comer*", y a los oídos del hombre que tiene posibilidades llega desde todos los tugurios, desde el seno de tantas familias desesperadas la queja clamorosa de Cristo: "*tengo hambre...*".

El rico tranquilo, el rico encerrado en su mundo miope y cómodo, EL RICO QUE NO HACE PROBLEMA DE SU ABUNDANCIA, es el gran responsable de que Cristo sufra en tantas familias las estrecheces más desesperantes, y en tantos hombres la angustia de la falta de trabajo. "*Tengo hambre y no me das de comer...*".

A la puerta de casa

La radio, el cine, las revistas, el periódico puesto todos los días a la vista sobre la mesa del cuarto de estar, los medios ultrarápidos de locomoción han puesto a todos los Lázarus indigentes a la puerta de nuestras casas. Estas mayores facilidades de comunicación y de información han intensificado la responsabilidad del rico "pacífico". Hoy nuestro prójimo, nuestro "próximo" se extiende en un radio de acción mucho más amplio que hace un siglo. Hoy el clamor de Cristo: "*Tengo hambre...*" viene desde más lejos y entra a diario en la intimidad de nuestros hogares. Hoy nadie se puede excusar con el "no sabía...".

(13) Mateo, XXV, 42.

El escándalo de su inercia criminal también es hoy mayor. Los resentimientos están hoy mucho más exacerbados y a través de ellos se propagan mucho más rápidamente los escándalos. Fácilmente pueden alcanzar una resonancia nacional y aun internacional. Cosa conocida es, por ejemplo, y que he podido constatar personalmente muchas veces, el escándalo que produce entre los cristianos de Europa la falta de conciencia social de nuestras clases pudientes en España.

El glorioso destino de la sobreabundancia.

La única manera de poder quitar a las riquezas el estigma estremecedor con que las marcó Cristo, es dándoles una proyección social, es haciendo que lleguen a todos. Ese es el glorioso destino de la sobreabundancia. Para el rico, más que para nadie, es un pecado capital el vivir encerrado entre los cuatro muros de su egoísmo individual o familiar. El, más que nadie, debe echar abajo toda muralla aisladora de las angustias y de las preocupaciones a veces desgarradoras que atenazan a los que le rodean. Es verdad que no podrá remediarlo todo, pero todo ha de encontrar un eco en su alma cristiana abierta a las quejas y a los gritos de socorro de Cristo.

Es grandiosa, por tanto, la vocación del rico cristiano: vivir con la preocu-

pación de los demás, que es vivir con la preocupación por Cristo. Sin embargo, el que se exime de ello y no vive consagrado a su trabajo administrador de los bienes, que Dios (a través de sus talentos) puso en sus manos, está faltando a un gravísimo deber (no es cuestión de supererogación), está siendo piedra de escándalo para innumerables y está confirmando las palabras de Cristo: "*Es más difícil...*". Está fuera del Reino de los cielos, "*sus riquezas están podridas y la herrumbre que las carcome será testigo contra él y roerá sus carnes como fuego*" (14). En este contexto qué bien se entienden las palabras de León XIII:

"Adviértese por lo tanto a los que tienen riquezas, que no libran ellas de dolor, ni en nada aprovechan para la eterna bienaventuranza, sino que antes dañan; que deben a los ricos infundir terror las extraordinarias amenazas que les hace Jesucristo y que ha de llegar un día en que darán en el tribunal de Dios severísima cuenta del uso que hicieron de sus riquezas" (15).

Es estremecedor el peligro de las riquezas. Pero es sublime y gloriosa la misión del rico que vive abiertamente en cristiano.

(14) Santiago, V, 2-3.

(15) Rerum novarum, ASS, 15 de mayo 1891.

